

CHINA: UNA AMENAZA PARA SÍ MISMA

Fernando Villena Sánchez

Licenciado en Derecho.

Es costumbre generalizada en el ámbito de la geopolítica el afirmar que el centro de gravedad de las relaciones internacionales tuvo su génesis en el Mediterráneo, que se fue trasladando progresivamente hacia el Atlántico y que se dirige indefectiblemente al Pacífico.

En el Pacífico el protagonismo corresponde sin lugar a dudas al continente asiático (más concretamente al sureste asiático y en general toda la costa del Pacífico), siempre bajo la égida de América que hasta el día de hoy ha sido la garante de la llamada *pax americana* que ha permitido a los países de la región desarrollarse en un contexto de relativa paz.

Dentro del continente, la preponderancia de Japón ha sido indiscutida durante décadas pero los problemas de este último durante los noventa, la crisis financiera y el acceso de China a la Organización Mundial de Comercio (OMC) han dado el pistoletazo de salida a un proceso que significará, con toda probabilidad, el comienzo del fin de la arquitectura diseñada e impuesta por Estados Unidos en Asia desde el final de la Segunda Guerra Mundial cuyo objetivo era el de contener al comunismo.

En el nuevo marco mundial, China ha sabido subirse al carro de la globalización con gran éxito, por el momento, emergiendo como el gran dragón asiático y punto de referencia obligatorio para toda la región.

En el presente ensayo tratamos de llamar la atención sobre la tensión que el propio "éxito" de China provoca en su interior. Para ello trataremos de dar una visión general de la situación de China en el mundo atendiendo a los distintos aspectos que caracterizan la política económica y de seguridad de un Estado contemporáneo en un mundo más universal que nunca y veremos que, en principio, China no representa una amenaza para la región en términos de seguridad. En un segundo punto nos centraremos en las tensiones internas que se están produciendo y que, en cierto modo, hipotecan el futuro del gigante.

Según los principios del neofuncionalismo defendido por el profesor Nye, no podrá entenderse la situación presente ni sería posible elaborar hipótesis de futuro de un país sin atender a todos los pilares fundamentales sobre los que se asienta su política, su economía, su sociedad, etc. Así pues aunque hagamos un análisis por separado de los distintos factores que intervienen en el diseño de la realidad del país no debemos olvidar que la comprensión de todos estos datos ha de hacerse en su conjunto.

Con este análisis pretendemos señalar que la principal amenaza para la región no se deriva del auge de China en tanto que gran potencia, sino de la propia inestabilidad político-social interna en aumento y que se debe a las propias incongruencias generadas por la mutación económica y social a la que China está sometida.

La mayor parte de los estudios realizados sobre el “gigante” se centran en el impacto político y estratégico del ascenso de China en el mundo del siglo XXI, esperamos que el presente estudio ofrezca algunas pistas para centrar más el estudio de la evolución del “gigante asiático” desde los efectos que se producen en su interior puesto que son éstos los que van a condicionar la política interna del país, sus relaciones internacionales y el equilibrio geoestratégico en el ámbito mundial.

No pretendemos, en estas páginas dar una imagen inequívoca del futuro del país, de hecho preferiríamos que nunca llegaran a hacerse realidad las predicciones que se reflejan en las conclusiones de este ensayo. En cualquier caso lo que está en juego (la estabilidad de uno de los principales jugadores en la escena internacional y por ende de toda la región asiática y del mundo) tiene la entidad suficiente para que le prestemos una atención especial.

China en el tablero regional y mundial contemporáneo

Relaciones económicas internacionales

Hoy China es la sexta economía y la tercera potencia comercial del mundo, pero los primeros pasos de su economía contemporánea pueden datarse en 1979, año en el que el *Pequeño Timonel* (Deng Xiaoping) proclamó la doctrina del *Xiaobang*, un primer paso hacia el pragmatismo político-económico (en perjuicio de la ideología comunista) que consistía, en esencia, en expandir un mayor nivel de vida de sus ciudadanos aumentando para finales del siglo XX la renta *per cápita* (RPC) hasta los 800 dólares gracias a medidas liberalizadoras en la economía. En los años ochenta se lleva a cabo una política progresiva de adaptación al capitalismo, en los noventa se va abandonando esta

progresividad a favor de movimientos hacia la economía de mercado más vehementes. En el 2003 la RPC alcanzó los 1.000 dólares y por el momento tiende a seguir subiendo, aunque de una manera más suave de lo que lo ha hecho en los últimos cinco años.

China, a medida que ha abierto su economía al exterior, ha ido viendo como crecía su ventura económica, hoy absorbe el 31% de las importaciones de la región y se estima que es la responsable del aumento global de un tercio de las exportaciones japonesas y surcoreanas y de dos tercios del aumento de las taiwanesas, a esto hay que sumarle que desde su incorporación a la OMC en el 2001 sus importaciones han crecido un 70%. No cabe duda de que China se ha convertido en el motor de la economía asiática tomando el relevo como punto de referencia regional a Japón y convirtiéndose en el protagonista de la agenda del siglo XXI.

En cualquier caso, todos estos vertiginosos datos no deben hacernos ignorar el hecho de que China sigue siendo hoy un país comparativamente más pobre de lo que lo era Japón a finales de la Segunda Guerra Mundial (su actual RPC lo sitúa en puesto 100), dato que no se escapa a los dirigentes chinos y motivo por el que el por entonces saliente Jiang Zeming afirmaba a sus compatriotas que tendrían por delante dos décadas de proporcionarán a China una *zhanlue jiyu*, una suerte de oportunidad estratégica en todos los ámbitos que les permitirá corregir su atraso y situarse como gran potencia en el tablero internacional.

El primer paso de China en esta dirección va dirigido a establecer su preponderancia e influencia en el continente a través de un incremento significativo de los intercambios comerciales lo que implica necesariamente un mayor aperturismo económico y político con sus vecinos y así China se ha lanzado a lo que el profesor Delage ha calificado como una “fiebre” por la creación de áreas de libre comercio cuyo paso más significativo lo constituye el acuerdo China-ASEAN (Asociación de Países del Sureste Asiático) de 2001 para la creación de un bloque comercial para el año 2010 que crearía un área de regional de libre comercio de más de 1,7.000 millones de consumidores. Japón trata de mantenerse en el escenario con acuerdos de libre comercio bilaterales, pero más que de una competencia China-Japón, estamos ante una especie de sano reparto de mercados cuando no de una concienciación general de la necesaria colaboración entre los dos países y no en vano ya se habla de un futuro acuerdo trilateral Japón-China-Corea.

China está consiguiendo por un lado incrementar sus beneficios, al tiempo que los de la región y por otro y más importante crear un ambiente de tranquilidad entre sus vecinos del

sudeste asiático con respecto a sus intenciones lo que ha repercutido (según se lee en un artículo de David Hale y Lyric Hughes en la revista *Foreign Affairs*) en un incremento notable del *soft power* de China en la región.

Además, el “gigante asiático” necesita para mantener sus ritmos de crecimiento de un suministro constante de petróleo, la Agencia Internacional de la Energía prevé que la demanda de petróleo de China se incrementará de los actuales 1,7 millones de barriles al día a los 9,8 millones de barriles en el 2030. Este dato tendrá repercusiones no solo en el precio del barril sino también en una necesaria mejora de las relaciones económicas con los países suministradores y especialmente con Rusia país con el que ya es constatable el acercamiento diplomático y subsiguientes réditos económicos con la creación de varios planes para conectar estas regiones con oleoductos y gasoductos (hoy inexistentes) e incluyendo incluso a Japón en sus proyectos a largo plazo.

El otro polo regional de referencia obligada para el “gigante” es la India, otro de los países con el que China se esfuerza en llevar una política de acercamiento tal y como pone de manifiesto el editor para Asia de *The Economist*, Christopher Lockwood, al comparar la hostilidad (incluso militar en la región de Cachemira) en las relaciones entre ambas potencias hace 40 años con las declaraciones del por entonces primer ministro Zhu Rongji durante su visita a Nueva Delhi en el año 2002 donde subrayaba las inherentes ventajas que una cooperación de los sectores productivos de cada nación en el ámbito de la informática aportaría a ambos países (que los colocaría en el primer puesto mundial como productores en el sector) y para toda la región. No en vano Lee Hsien Loong, primer ministro de Singapur afirmó en un artículo recientemente publicado en *The Economist* que es mucho mejor para el conjunto de Asia tener dos gigantes prósperos y estables que dos gigantes problemáticos y enfrentados.

Esta febril actividad de diplomacia comercial no tiene parangón en la historia reciente de China, de su tradicional aislamiento maoista (Mao tan sólo salió de China en dos ocasiones) se ha pasado a una actividad de intensa comunicación con los países de su entorno estrechando relaciones y proyectando su economía y su política al exterior. Los motivos pueden ser de muy variada índole y sin duda la mayoría de ellos encuentran su fundamento en las necesidades de la política económica interior pero el profesor Delage afirma que sus principales motivaciones tienen su raíz en la creciente proyección global del poder de Estados Unidos, lo que ha empujado a China a crear un colchón de

seguridad en su periferia, incluyendo el sudeste asiático, aprovechando el periodo de desinterés mostrado por los americanos durante la crisis asiática de los años noventa.

En todo caso, tal y como nos demuestra la historia reciente, el aumento de las transacciones comerciales entre vecinos redundará siempre en un mayor conocimiento mutuo, en una mayor transparencia y predictibilidad -conceptos básicos para las relaciones pacíficas entre Estados, según los principios de la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE)-, pasando de una lógica de competencia y conflicto a otra de cooperación y coordinación creciente lo que se traduciría necesariamente en mayores cotas de estabilidad, progreso y seguridad para la región.

En el ámbito de la economía mundial, China parece haber aceptado las reglas del juego tal y como pone de manifiesto no solo su creciente importancia en mercados clave (China se convirtió recientemente en el primer socio comercial de Estados Unidos por delante de México) sino también en el creciente uso que está haciendo de las vías legales, más que políticas, para defender sus sectores productivos ya sea ante la OMC, ante tribunales internacionales o ante tribunales nacionales extranjeros.

En suma, tenemos ante nosotros a un gigante económico en constante crecimiento que está más dispuesto que nunca a llevar sus asuntos económicos por la vía del diálogo y la cooperación antes que a través de la presión y el enfrentamiento. Esto puede representar las bases para un continente dispuesto a ejercer su papel de polo de referencia mundial con China a la cabeza de una región en paz.

China: relaciones políticas

De China se ha dicho que siempre ha sido la superpotencia en potencia, una situación de impasse histórico que podría encontrar su vía de salida gracias a esta *zhanlue jiyu* a la que hizo referencia Jiang Zeming.

Tres pueden considerarse como las prioridades fundamentales de la política China: aumentar su poder en la escena internacional, conseguir y mantener su integridad territorial y mantener el régimen comunista. Tres prioridades en las que nos detendremos en su definición y también en su proyección a nivel regional y mundial.

En primer lugar es evidente la prioridad china de aumentar tanto su prestigio como su poder en la escena internacional. Un objetivo cuyo desarrollo se está construyendo sobre tres pilares: el militar, el de la seguridad regional y el de la actividad diplomática.

Según cifras oficiales chinas, su presupuesto *militar* asciende a 20 millones de dólares, pero se estima que la cifra real pueda ser muy superior (entre 45 y 65 millones según Washington) y el Departamento de Defensa estadounidense opina que estas cifras podrían cuadruplicarse para el año 2020.

Gran parte de las ganancias comerciales a las que nos referimos al principio de este ensayo están siendo dedicadas a modernizar un ejército que a pesar de ser el más numeroso del mundo (efectivos de 2,5 millones), podía ser calificado como uno de los más atrasados de la región, una situación inaceptable para un siglo en el que el poder militar efectivo de un ejército se valora tanto en lo referente a su nivel de tecnología como a su capacidad de proyección en el exterior, e inaceptable para una potencia regional con aspiraciones de superpotencia.

Los esfuerzos en materia de renovación militar en los que Pekín se ha enfrascado, junto a sus aspiraciones de liderazgo regional no hacen sino aumentar la desconfianza del “gendarme” de la estabilidad en la zona, Estados Unidos.

Desde el punto de vista de la *seguridad regional*, China empeña sus esfuerzos por evitar un *encirclement* por parte de Estados Unidos, recordemos que no sólo ha aumentado el poder y presencia militar de este último en el ámbito global en su lucha contra el terrorismo, sino que concretamente su presencia militar en la región se extiende por Afganistán, Kirguizistán y Uzbekistán, junto al despliegue de tropas en Filipinas, Yemen y Georgia. Con este panorama se entiende mejor la frenética actividad de diplomacia comercial regional de acercamiento con sus vecinos, ese “colchón de seguridad” del que nos habla Fernando Delage en un artículo aparecido en *Política Exterior* y que no se trata sino de un contrapeso a la creciente influencia americana.

Al mismo tiempo, Pekín reconoce lo infructuoso (y peligroso) que resultaría practicar una política de enfrentamiento con Washington, por lo que en el marco de su política regional, uno de sus objetivos fundamentales es tranquilizar a la superpotencia demostrándole que no tiene ni la intención ni la capacidad de desafiar su liderazgo en Asia, aunque pretenda promover un escenario regional en el que, en el futuro, la presencia estadounidense resulte innecesaria.

Toda esta actividad de creciente influencia china en la región se está llevando a cabo enmarcada en dos principios declarados por sus dirigentes: un nuevo concepto de seguridad y una declarada inclinación hacia el multilateralismo. Según declaraciones de

Zemin en 1997 las diferencias entre Estados deben resolverse pacíficamente, ha de promocionarse la confianza mutua y el diálogo al tiempo que buscar la paz y la seguridad a través de la cooperación interestatal. Posteriormente en la cumbre de Malasia del Foro Regional de la ASEAN, el ministro de Asuntos Exteriores chino declaró que la seguridad no puede depender de un aumento de capacidades militares, sino que debe sentarse sobre la confianza mutua e intereses comunes.

Los ejemplos de esta nueva orientación son multitud:

- China firmó el tratado de prohibición total de pruebas nucleares.
- Ha firmado acuerdos fronterizos desde 1991 solucionando problemas de delimitación territorial con tres países de Asia Central y lideró el primer grupo regional multilateral de la zona, la Organización para la Cooperación de Shanghai o “grupo de Shanghai”.
- Firmó un tratado de buena vecindad y amistad con Rusia en el 2001, con quien también solucionó sus últimos problemas fronterizos recientemente, así como con Laos y Vietnam.
- Con respecto a sus últimas disputas territoriales referentes a las islas Paracel, Spratly y las Senkaku, Pekín ha declarado su voluntad de llegar a una solución dialogada y pacífica, una voluntad consagrada en la firma en el 2002 de un código de conducta en el mar de China meridional con los países de la ASEAN, y con esta organización firmó en el 2003 el Tratado de Amistad y Cooperación y se acordó una “Asociación Estratégica por la Paz y la Prosperidad”.

Todos estos ejemplos no son sino el reflejo de una nueva mentalidad en el seno de la diplomacia china, una nueva mentalidad iniciada por el gobierno Deng en su programa “Reforma y Apertura” y que se ha desarrollado enormemente en estos últimos años.

Este giro diplomático que tiene sus orígenes en el intento de China de romper su aislamiento internacional (acentuado tras los acontecimientos de Tiananmen) ha experimentado en su evolución dos puntos de inflexión fundamentales:

- El primero, la aceptación de la unipolaridad del mundo actual, una situación de la que los estrategas chinos tomaron plena conciencia tras la intervención de Estados Unidos en Kosovo y que mostraba cómo la superpotencia tenía el poder y la voluntad de actuar militarmente fuera de sus fronteras e ignorando, si fuera menester, la

directrices del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Pekín consideró que de la misma manera podrían Estados Unidos actuar ya en Corea del Norte, ya en el mar de la China, ya en el estrecho de Taiwan, así pues, era absolutamente necesario salir del ostracismo diplomático y estrechar relaciones con los vecinos de la región sin dejar de esforzarse por mantener una relación de amistad con la única superpotencia.

- El segundo punto de inflexión a considerar tuvo lugar el 11 de septiembre, momento a partir del cual crecen en China las voces pidiendo el abandono de una mentalidad siempre a la defensiva y victimista (*shouhaizhe xintai*) y la adopción de una mentalidad de gran potencia (*daguo xintai*). Los funcionarios chinos hablan hoy de compartir responsabilidades internacionales entre las grandes potencias incluyéndose a sí mismos y mostrando su voluntad de directores y garantes de la paz y seguridad en Asia y así quedó reflejado en el anuario del 2003 del Ministerio de Asuntos Exteriores chino donde se diseña por primera vez una explícita política asiática.

Su activismo diplomático contemporáneo en la región tuvo su momento cumbre en su acción como mediador en la crisis nuclear desatada por Corea del Norte. Su necesaria intervención hizo que Moscú, Washington, Seúl y Tokio, tomarán plena conciencia de que en materia de seguridad regional Pekín era un actor de referencia obligada.

Pero la historia nos enseña que en todo juego de poder, o mejor dicho de relevo de poder, donde una nueva potencia trata de “encontrar su lugar bajo el sol” se suele producir un derrumbe del equilibrio internacional y una seria amenaza para la paz.

China parece dispuesta a romper esta regla histórica con la adopción de un nuevo concepto, el “ascenso pacífico” (*heping jueqi*, formulado y defendido por uno de los intelectuales de más peso en China, Zheng Bijiang) o como hace poco lo redefinió Hu Jintao, el “desarrollo pacífico” (*heping fazhan*). Un concepto que parece casar perfectamente con la mentalidad dominante de la que se ha venido a llamar la cuarta generación de líderes chinos encarnada por Wen Jiaobao y Hu Jintao (una mentalidad que se podrá desarrollar más fácilmente ahora que el primer ministro Hu acaba de relevar al ya anciano Jiang Zemin como jefe supremo de las Fuerzas Armadas), una mentalidad que indefectiblemente se proyecta sobre toda la actividad exterior china y donde se enmarcan todos sus esfuerzos por concretar relaciones de buena vecindad y amistad con todos los países de la región. Es de una imperiosa necesidad para China que sus vecinos

no sigan viendo al “gigante asiático” como una amenaza sino como una oportunidad de desarrollo y de paz.

La segunda gran prioridad de la política china es la de conseguir su integridad territorial y mantenerla. Es en este ámbito donde nos encontramos con las potenciales líneas de fractura en el conjunto de la política contemporánea china.

La primera, en sus siempre tensas relaciones con Taiwan. La “provincia rebelde” (según terminología del Partido) se inclina políticamente por las tesis independentistas del Partido Progresivo Democrático que acaba de ganar las elecciones en la persona de Chen Shui Bian, y si bien es cierto que en los últimos tres años la política china hacia la isla ha sido de relativa paciencia y moderación (especialmente si lo comparamos con las políticas durante la guerra fría) no debemos olvidar que su reclamación de integridad es firme y que en ningún momento ha dejado de amenazar abiertamente a la isla (aprobación en la Asamblea Nacional Popular, en marzo del año en curso, del derecho al “uso de la fuerza” en caso de que Taiwan proclame su independencia y soberanía ante la sociedad internacional). Un error de cálculo por cualquiera de las partes podría desembocar en un indeseado conflicto que arrastraría indefectiblemente a Estados Unidos, garantes de la independencia de la isla. Ninguna de las partes implicadas desea un conflicto semejante en la zona pero el diseño de las alianzas y la firmeza de China plantean un equilibrio delicado sobre el que deberemos estar especialmente atentos.

Otro de los peliagudos problemas de integridad territorial es el del Tíbet. Zona bajo la influencia china desde el año 1720, ocupada y anexionada militarmente en 1950, y donde se ha operado una intensa política *manu militari* de integración en perjuicio de la cultura, raza y religión tibetana, lo que provocó alzamientos (en 1959 y en 1969) contra la ocupación y que fueron sofocados a sangre y fuego.

Hoy la política hacia la región se augura más suave, a esta relajación ha ayudado en no poca medida la extracción de dirigentes chinos provenientes de la zona (Hu Jintao, por ejemplo, hizo su carrera política en la zona), pero se trata de un problema no resuelto, latente y la reivindicación de más autonomía goza de gran predilección en Estados Unidos gracias a la actividad del Dalai Lama (hoy dispuesto a negociar con Pekín un régimen de autonomía). Se trata en suma de otro factor impredecible sobre el que habrá que prestarse igualmente una especial atención.

La última gran cuestión de integridad territorial se refiere a la díscola región de Xinjiang (territorio ocupado por las tropas imperiales chinas a mediados del siglo XVIII) donde la minoría uigur (separatista musulmán) reclama su independencia y donde las autoridades atribuyen (a pesar de la opacidad típica de Pekín en estos asuntos) al grupo “Movimiento Islámico del Turkestán Oriental”, la ejecución de cerca de 200 ataques contra las autoridades chinas entre los años 1990 y 2001. ¿Se trata ésta de la única manifestación independentista violenta? y en su caso ¿hasta donde llega el sentimiento de resistencia y cuál es su capacidad de movilización? Estas son preguntas que irremediablemente chocan con un muro de silencio y opacidad por parte de las autoridades de Pekín.

La tercera gran prioridad es el mantenimiento del comunismo en el país. Este punto parece que no está abierto a discusión entre las autoridades chinas.

A pesar de los avances en materia de economía (como la doctrina de un país dos sistemas o la creación de las zonas económicas especiales) y de la relativa transparencia en política, fue Zemin quien ya lo afirmara tajantemente en la que ha venido a llamarse la “teoría Jiang” según la cual solo el socialismo puede salvar a China y que el marxismo puede triunfar sobre cualquier ideología. Esto no implica una cerrazón en el inmovilismo, antes bien al contrario, estamos asistiendo a una continua evolución del partido, un esfuerzo por “cambiarlo todo para que todo siga igual” de manera que el partido no pierda su legitimidad ante la ciudadanía.

Así, mientras se evoluciona hacia modelos más flexibles en economía, desde el ámbito político se trata de actuar sobre los nuevos problemas sociales que pueden terminar por poner en un aprieto la misma legitimidad del Partido Comunista de China (PCCh): el campo ha quedado relegado del despegue de China y aumenta tanto su marginación como su empobrecimiento, el paro crece y la política de un sólo hijo pondrá a China (un país donde no existe un sistema de pensiones) ante un serio problema de envejecimiento de la población. Estos no son sino algunos de los problemas que se están evidenciando en el vientre del gran dragón y que serán objeto de análisis en la segunda parte de este ensayo.

Atendiendo a lo hasta ahora analizado, concluiremos esta primera parte del presente texto coincidiendo con lo expresado por Ashley Tellis en su artículo “El gran tablero de Pekín” (aparecido en la revista *Foreign Affairs*, edición española, en el número de febrero/marzo 2005). En este artículo se puede leer que “Pekín está haciendo un esfuerzo especial para convencer a otros Estados de que tiene las mejores intenciones”, además los actuales

lazos económicos de China con países como Japón, Corea de Sur, Taiwan y Australia, hace altamente improbable el apoyo por parte de estos países a cualquier política antichina, so pena de pagar un alto precio económico.

China: una amenaza para sí misma

Las conclusiones de este ensayo se articulan sobre varias preguntas: un país que está haciendo ímprobos esfuerzos por crear un ambiente de seguridad y paz internacional en la región a través de una creciente política de apertura política y económica, ¿será capaz de soportar las tensiones internas propias de toda mutación? ¿Hasta donde puede doblarse la caña del comunismo de estado a favor de las nuevas corrientes antes de que el bambú se quiebre en mil astillas?

Así pues volvemos a la pregunta que formulábamos al principio ¿podrán las autoridades chinas resistir el envite de progresiva democratización que conlleva el capitalismo (sistema abrazado de forma prácticamente definitiva por las autoridades)?

El capitalismo se ha presentado históricamente como un importante germen de reestructuración de las sociedades y China no es una excepción. El ejemplo más evidente es el indudable y desmesurado protagonismo de las ciudades dentro del marco socio-político chino (en contra de la teoría maoista que recelaba de las concentraciones urbanas). En estas ciudades se está desarrollando una boyante clase media urbana donde sobresalen los jóvenes instruidos como gestores de las empresas que están trayendo la riqueza a China y cuyo posicionamiento político no solo no se alinea fielmente con el del PCCh sino que incluso, en ocasiones, entra en conflicto con éste.

Además, el capitalismo está introduciendo un cambio progresivo en la mentalidad político-colectiva china (según Murray Scot Tanner, investigador de la *RAND Corporation*) puesto que por un lado más y más jóvenes van accediendo a mayores cotas de formación (un factótum necesario para el desarrollo de toda economía capitalista) y por otro, van enraizándose conceptos como “contrato”, “obligaciones recíprocas” y “derechos”, conceptos que a medida se asumen por parte de la sociedad, van convirtiéndola en un corpus más contestatario y reclamativo de derechos.

Hasta ahora el garante de la paz y estabilidad en el territorio de China ha sido un gobierno fuerte y centralista apoyado sobre una burocracia descomunal. Muchos se preguntan que cuándo la democracia será posible en China y a este respecto son varios los analistas

que afirman que dicha posibilidad en semejante territorio y sociedad es absolutamente imposible, so pena de una desestabilización general y una *balkanización* del territorio.

En la larga historia de China los motivos de enfrentamiento interno han sido fundamentalmente tres: rebeliones contra gobernantes locales despóticos, rivalidades dinásticas y ocupaciones extranjeras. Especialmente significativo resulta el ejemplo de los siglos XIX y XX: Por dos veces el Gobierno central fue incapaz de mantener bien tensas las riendas del control político sobre el territorio. En la primera se produjo la rebelión Taiping (1850-1864) con un saldo de 50 millones de muertos y cuya represión marcó el pistoletazo de salida del declive imperial, otras rebeliones tuvieron lugar en las mismas fechas, como la de los musulmanes en Yunnan, Gansu y Xinjiang. Pero fue la intervención directa de las potencias occidentales (las guerras del opio) lo que produjo un debilitamiento tal del gobierno imperial que en el año 1911 el Kuomintang proclama la república en la mitad del país y da comienzo un periodo de guerras civiles que culminaría con la proclamación de la República Popular China.

Es opinión nuestra, (basándonos en los datos económicos, políticos y sociales de los que disponemos), que, efectivamente, hoy día estamos asistiendo al prólogo de una nueva pérdida de control del territorio por parte del Estado, por lo que estaríamos a las puertas de una reestructuración del reparto de poder dentro del territorio chino, con las convulsiones que ello implicaría.

Desde el año 1989 (según *Le Dictionnaire Geopolitique des États*) se detecta una progresiva pérdida de legitimidad del PCCh. Por diversos motivos, numerosos sectores sociales buscan nuevos puntos de referencia, se respira una cierta reivindicación del pasado a través de su cultura ancestral, la tradición y las costumbres, al mismo tiempo, desde esta sociedad se mira hacia el futuro orientándolo hacia modelos económicos y de gobierno más occidentales. A este nuevo sentir social hemos de sumarle, o quizás no sea sino los síntomas de este nuevo sentir, la proliferación de sectas (Falun Gong es quizás el ejemplo más sobresaliente de lo hasta ahora expresado), las crecientes rivalidades intestinas en el seno del poder (propias de todo periodo de mutación) y las evidentes dificultades de gestionar la inmensidad de China.

Con lo dicho hasta ahora no hemos hecho sino dar unas pinceladas generales al panorama que se está pintando en el "gigante asiático". Merece la pena que nos centremos más detenidamente en *las causas y motivos que apuntalan las afirmaciones arriba expresadas*, y lo vamos a hacer dividiendo la argumentación en dos partes: en la

primera trataremos de los modos de control básicos que Pekín ejerce sobre territorio y personas, y de cómo este control se encuentra en un momento de crisis. En la segunda nos centraremos en el análisis de los pilares sobre los que se sienta la legitimidad del PCCh y de las tensiones que están poniendo en jaque dicha legitimidad.

EL CONTROL DEL DRAGÓN

Los estribos básicos sobre los que se afirma el control de un gobierno central de corte autoritario (y especialmente el de Pekín) sobre la población y el territorio de un determinado país son tres: el control estrecho sobre regiones y localidades de todo el territorio, el control exhaustivo de las corrientes de información y el control sobre el Ejército en tanto que brazo fuerte del régimen.

Una de los primerísimos resortes que Pekín ha de mantener bajo control es *el funcionamiento político y económico de las localidades*. Hoy la cuestión estriba en el hecho de que ya desde principios de los años ochenta (cuando se desmantelaron las comunas populares maoístas) se permitió el renacimiento de los pueblos, aldeas y ciudades como unidades económicas independientes. Además, en los noventa se permitieron las elecciones locales para ocupar el puesto de “cabeza” del pueblo o aldea.

Los cambios económicos y políticos operados en China han ayudado a que se de un incremento de la independencia de las localidades con referencia al poder central, además, esta situación ha favorecido la “vuelta” de los antiguos clanes familiares a la arena política a pequeña escala, interesados en conseguir (o en su caso, recuperar) las riendas del poder en el ámbito local. De hecho, (tal y como se puede leer en el artículo “The silent Majority” publicado en abril en *The Economist*) este nuevo escenario político ha favorecido en determinadas regiones el enfrentamiento entre clanes por acceder a puestos de poder, e incluso enfrentamientos violentos de carácter étnico por el mismo motivo (provincia de Henan, octubre del 2004, 150 muertos).

Estos datos no tendrían una especial relevancia si no nos fijáramos en la situación en la que vive la población rural. Un 60% de la población vive en el campo (unos 800 millones de personas) y lo hace con menos de un dólar al día. Esta situación de pobreza extrema y generalizada en la que vive el agro (con un paro calculado en más del 4%) trae a la mente ominosos recuerdos de revueltas campesinas (en las que se apoyó en su día el PCCh), una situación que podría reproducirse si no se hace algo al respecto.

Otro de los aspectos fundamentales sobre los que el Estado Central ha sido, y sigue siendo, consciente de la necesidad de mantener bajo un férreo control es el ámbito de los flujos de la información, tanto la corriente de información interna como la proveniente de más allá de las fronteras, y en ambas vertientes de la gestión de la información el Partido parece estar perdiendo la partida.

En el interior del territorio se ha podido constatar, por parte de las autoridades chinas, el dinamismo que el uso de los móviles y de Internet ha aportado a las posibilidades de comunicación intercomunitaria. Hoy, las tradicionales barreras de confinamiento (el laboral en el puesto de trabajo y el comunal en el pueblo) que favorecían el control por parte de la autoridad central, cada vez significan menos y de hecho el uso de estas tecnologías está sirviendo de medio de organización popular de base para la organización de manifestaciones y reclamaciones más o menos espontáneas.

Además, en un informe de la *RAND*, (*Chinese dissident use of the Internet and Beijing's counterstrategies 2002*) los investigadores Mulvenon y Chase, concluyeron afirmando que:

“A pesar de que Pekín ha realizado una labor remarcable, hasta ahora, encontrando estrategias efectivas para contrarrestar lo que se percibe como los efectos potencialmente negativos de la revolución de la información, la escala de modernización china en tecnología de la información nos sugiere que el tiempo trabaja a favor de la oposición al régimen.”

En lo que respecta a la información que proviene del exterior, no debemos nunca subestimar los efectos en el medio plazo que el llamado “efecto demostrativo” ejerce sobre la población. Cuanto mayor y más continuado sea el contacto de la población china (ya sea a través del turismo, de los viajes comerciales o de las tecnologías de la información y la televisión) con la población occidental, un mayor número de puntos de referencia y de modelos de vida “mejores” se presentarán a los ojos de una población para quien los ideales comunistas no solo han dejado de dar los resultados apetecidos sino que además se siente cada vez menos respaldada por unos gobernantes que están permitiendo que la mayoría se empobrezca mientras unos pocos medran de manera espectacular.

En la Unión Soviética, el efecto demostrativo con Occidente jugó, junto con la erosión de los ideales comunistas y una profunda y lastrada crisis económica, un papel fundamental

en la implosión del régimen comunista y la posterior explosión de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Es cierto que los modelos chino y soviético tienen particularidades propias que los convierten en casos individuales a analizar por separado, pero sería un tanto ingenuo por nuestra parte considerar que lo que fue decisivo para uno no vaya a representar un factor de importancia para otro.

Por último, queremos llamar la atención sobre el último gran resorte del control de Pekín sobre el territorio y la población, el Ejército Popular Chino (EPCh). El ejército ha representado, desde siempre, un punto de referencia de legitimidad para el gobierno y de confianza para la población.

La enorme magnitud, en efectivos y nivel de influencia, de las fuerzas armadas hizo que su influencia se extendiera mucho más allá del ámbito militar. Así el EPCh extendió sus tentáculos a ámbitos como la política y la economía.

Desde el punto de vista político sigue representando un poder fáctico de considerable importancia aunque sujeto a las directrices del PCCh. Pero con las reformas económicas que se están operando en China, se está privando al ejército, por decreto, de numerosas fuentes de riqueza (empresas, factorías y líneas de distribución de bienes y servicios) que pertenecían a los militares. Hasta ahora el Gobierno ha sabido contentar al ámbito castrense otorgándole un trato de favor en los presupuestos nacionales (programas de renovación y modernización de capacidades militares) por un lado, y por el otro, se ha favorecido el que los militares encargados de la gestión y dirección de empresas en manos del Ejército hayan pasado a la reserva conservando sus puestos en dichas empresas cuando estas han sido sometidas a procesos de reconversión o de privatización.

En cualquier caso, y aunque hoy no representa una amenaza para el *statu quo* chino, no debemos dejar de lado el hecho de que ese trata de uno de los pilares fundamentales del régimen que más está acusando (para bien y para mal) la mutación china. Se trata de un factor de imponderable poder sometido a tensión, lo que le hace digno de una especial atención durante el proceso de evolución de China.

Por otro lado, el EPCh, ya no es visto, por el grueso de la población, como lo era antaño. En la plaza de Tiananmen, algo se rompió en el ideario popular, lo que no hizo sino crear una suerte de fisura entre el pueblo y el ejército que no ha dejado de agrandarse hasta el día de hoy.

Hasta ahora hemos centrado nuestro análisis en los resortes de control de Pekín y en las tensiones a las que estos están siendo sometidos en estos tiempos de cambio. A partir de aquí nos centraremos en los pilares sobre los que se sienta la legitimidad del PCCh y las causas y motivos que subyacen en la crisis que esta legitimidad está sufriendo así como en las consecuencias que esta crisis está produciendo y pueda producir.

La legitimidad del PCCh

En el informe de la *RAND (Chinese Government Responses to Rising Social Unrest* abril del 2005) se afirma que dos son los pilares de la legitimidad del PCCh ante su pueblo: el desarrollo económico y la carta del nacionalismo. En este ensayo queremos llamar la atención sobre como ambos se encuentran hoy (debido al la mutación del “gigante”) sometidos a una crisis que no hace sino socavar la naturaleza misma del régimen y poner en peligro la estabilidad del sistema comunista chino.

EL NACIONALISMO

Las autoridades chinas siempre han jugado la baza del nacionalismo para granjearse el apoyo del pueblo, pero hoy día estamos asistiendo a un uso del sentimiento popular con una doble intención por parte de dichas autoridades. Por un lado, apartar temporalmente la atención del pueblo sobre los problemas internos y, por otro, como arma diplomática de presión internacional, unas maniobras que en cualquier momento pueden revolveerse contra el propio Gobierno.

Especialmente significativa resulta la reciente movilización autorizada, cuando no orquestada por las autoridades, en contra de Japón, una jugada que implica un alto grado de riesgo para el propio PCCh.

El sentimiento antijaponés en China viene de largo, se trata de un sentimiento atávico profundamente enraizado en el ideario cultural chino. Su uso coyuntural y oportunista contra un país que en el futuro podría (y de hecho debería) convertirse en aliado económico, cuando no político, puede crear una sensación de desconcierto en una población que asiste a cómo el supuesto “enemigo natural” se convierte en aliado oportunista de unas élites gobernantes con las que cada vez se sienten menos identificadas.

El uso irresponsable de la propaganda nacionalista para la manipulación de la rabia popular puede provocar una escalada que escape del control de las autoridades (como ya

experimentó el país durante la Revolución Cultural 1966-1976) y para cuando se quiera encauzar el movimiento desatado puede que sea demasiado tarde y sea necesario el uso de la fuerza a gran escala. Si bien dicho uso de la fuerza fue efectivo en el año 1976, las autoridades son conscientes de que su uso hoy podría provocar una reacción aún más vehemente entre los jóvenes nacionalistas, pero esta vez, dirigida contra el propio Gobierno.

Además, no resulta baladí, considerar que el nacionalismo que hoy está tomando forma en China tiene poco o nada que ver con el ideario comunista.

Según Graham Earnshaw (eminente sinólogo y traductor de libros como *El libro y la espada*), hoy existen en el mundo más copias piratas de las obras épicas de artes marciales de Louis Cha (escritor y periodista histórico de Hon Kong) que de Harry Potter. Las novelas de Cha son de un profundo carácter nacionalista y en ellas se evoca un pasado reinventado de un imperio glorioso. La altísima difusión de esta literatura nos da una idea de lo lejos que se encuentra el sentimiento nacionalista de la población china de las antiguas imágenes y mitos evocados por el PCCh. Así pues, atizar dicho nacionalismo con fines coyunturales es un arma de doble filo que puede costarle muy caro a las autoridades comunistas.

EL DESARROLLO ECONÓMICO

China se encuentra en un proceso de transición desde las estructuras comunistas implantadas en la segunda mitad del siglo XX, hacia un sistema de economía de mercado. Según Barry Naughton (en un artículo aparecido en *Política Exterior*, número 30), esta transición comenzó en los años ochenta con un proceso caracterizado por la prudencia y el gradualismo. Las limitadas reformas contaban con un respaldo económico suficiente (en forma de subvenciones e indemnizaciones) lo que tenía como resultado unos costes políticos mínimos, esta situación se mantuvo hasta 1995. En los noventa el proceso de liberalización económica fue mucho más agudo y se sumó a una reducción de la protección de los trabajadores ante los envites de la competencia, con el subsiguiente aumento del precio político que están pagando hoy las autoridades.

Dos fueron los cambios fundamentales que afectan y seguirán afectando a la población:

- El primero fue la política de estabilización económica. Esta orientación (a la que el Gobierno de Pekín estaba obligado so pena de un crecimiento económico ficticio e insostenible) supuso entre otras cosas una fuerte limitación del crédito bancario y una

concesión de mayor independencia bancaria con respecto a los líderes políticos locales.

- El segundo se concretó en corporativización y reestructuración de las empresas locales, lo que dejaba, en multitud de ocasiones, a las corporaciones locales sin sus principales (cuando no únicas) fuentes de riqueza a cambio de nada. Las empresas que daban trabajo a pueblos enteros dejaban de ser propiedad del pueblo para pasar a manos privadas, lo que unido a los rigores de la competencia del mercado se tradujo en miles de reestructuraciones empresariales y de despidos.

Según Robert Munro (analista del *China Labor Bulletin*), unas 190.000 empresas públicas están siendo reestructuradas, privatizadas o desmanteladas. Esto supone que aproximadamente el 50% de sus obreros se encuentren en la calle gozando (en el mejor de los casos de una pensión de 20 dólares al mes), el sector de trabajadores que conserva su puesto lo hace a cambio de trabajar más tiempo, por menos salario y en peores condiciones (en el año 2004, más de 6.000 mineros perdieron la vida en China por accidentes laborales). Hoy, en un país donde el prestigio del PCCh depende de que haya trabajo para todos, el paro se calcula en un 20% para el conjunto del país, unas cifras que harían estremecerse a cualquier gobierno.

Desde el *China Labor Bulletin*, se afirma que gran parte del dinamismo del que goza la economía china depende de un mercado laboral extremadamente barato y no regulado, por lo que el dilema al que se enfrenta el gobierno chino es de elegir entre crecimiento económico o justicia social.

Se trata de un dilema al que no son ajenos en el PCCh. Según Zheng Bijiang (en un artículo aparecido en *Foreign Affairs*, de septiembre/octubre del 2005) el “Ascenso Pacífico” chino se enfrenta en su vertiente interior con el desafío de “trascender los modelos desfasados de control social y construir una sociedad socialista armoniosa”. Afirmó el ideólogo chino en una conferencia celebrada el 12 de diciembre de este año, en el Instituto Elcano, que el Gobierno chino ya ha empezado a hacer frente a este reto a través de los avances democratizadores que se estaban llevando a cabo en su país: elecciones directas en ayuntamientos de zonas rurales; firma de acuerdos internacionales sobre derechos humanos; proliferación de medios de comunicación (periódicos) y 50 millones de internautas; reforma de los controles migratorios para facilitar las entradas y salidas del país, etc. Pero también subrayó que se trataba de un proceso abierto hacia el

futuro y ni afirmó ni desmintió que pudiera llegarse a plantear un sistema multipartidista con elecciones competitivas.

A pesar de las afirmaciones arriba reflejadas, es opinión nuestra, que por difícil que se encuentre la situación social, las autoridades centrales no pueden permitirse poner en práctica una política de justicia social generalizada, en el ámbito nacional, que pudiera incurrir en un mayor déficit nacional, un menor atractivo para las inversiones extranjeras o un descenso en la productividad de su mano de obra so pena de experimentar una desaceleración o una crisis económica, una situación altamente indeseable y que no haría más que agravar la situación de los más desfavorecidos. No queda sino una huida hacia adelante, continuar progresivamente hacia adelante y esperar que las cosas se normalicen, pero ¿hasta donde? y ¿hasta cuando?

En todo caso la situación actual ya está generando un triple descontento. Por un lado desde el sector público sometido a procesos de privatización en donde prolifera la corrupción por parte de los oficiales locales, se trata de un proceso en el que el pueblo ve cómo ya no es el dueño de sus empresas, lo que causa manifestaciones de descontento y protestas. Por otro lado los obreros que trabajan para el sector privado han visto como disminuía su ventura económica y sus condiciones de trabajo a cambio de nada, por lo que cada vez más las autoridades chinas informan sobre la proliferación de protestas espontáneas en las zonas industriales de todo el país que encuentran su raíz en las bajas condiciones de trabajo, en la explotación laboral y en el impago de salarios. Por último el sector empresarial privado, que cada vez se muestra un mayor descontento con la ambigüedad del papel que el Estado está jugando en esta transición, un descontento contra el “sistema con características chinas”, en el que el estado todavía guarda importantes prerrogativas de intervención en la economía, lo que crea fuertes distorsiones, y arbitrariedades, en la que se supone hoy día una economía de mercado.

Se empieza a crear en China (según Naughton) una sociedad más desigual, menos segura económicamente y más corrupta, con más de 130 millones de personas que viven por debajo del umbral de la pobreza. Una situación insostenible cuyos síntomas ya se están manifestando en forma de manifestaciones en un país donde toda forma de manifestación no autorizada expresamente por las autoridades está prohibida y donde todo intento de organización sindical o política que pueda cuestionar “la verdad” del partido es rápidamente extirpado.

El malestar del dragón

En los últimos diez años la sociedad china ha experimentado un incremento sustancial de la inestabilidad social. Los *quntijing shijian* (según terminología del Ministerio de Seguridad Pública, y que viene a traducirse como incidentes ocasionados por grupos contestatarios que llevan sus reclamaciones a las calles) se multiplican alarmantemente. Según datos del propio Ministerio de Seguridad Pública chino en el 2003 se produjeron 58.000 incidentes de este tipo que van desde la manifestación espontánea de un puñado de descontentos hasta los incidentes que involucran a cerca del centenar de personas. Las cifras del 2004 aún están por saberse pero se estima que la situación se ha incrementado tanto en el número de incidentes como en el número de personas involucradas.

Hasta ahora estas manifestaciones no han representado una seria amenaza para el poder central, y así seguirán siempre que la mayoría de las protestas sigan siendo pequeñas, desorganizadas, pacíficas, aisladas y enarboles demandas limitadas. Pero se trata de unas condiciones que no tienen visos de continuar en el tiempo debido al hecho de que se están dando, cada vez más, uno niveles de organización en las protestas que escapan del control de las autoridades, prolifera el uso de las nuevas tecnologías para sobrepasar los límites de contención (geográficos y laborales) diseñados por las autoridades y además las protestas registradas en zonas como Guangzhou y Liaoning empiezan a alcanzar niveles de violencia y participación superiores a lo que se esperaba.

La mayoría de estas protestas se dan en las zonas industriales del norte (Liaoning, Jilin y Heilongjiang) así como en zonas costeras (solo en la región de Guangzhou se registraron 863 protestas en el 2004).

Las principales causas de estas protestas han sido de carácter económico y social, y dirigidas fundamentalmente contra los oficiales locales a los que se les acusa de corrupción. En un principio (cuando las protestas empezaron a crecer en número, coincidiendo con la crisis económica asiática de mediados de los años noventa) esta reacción popular se explicaba exclusivamente en términos de la coyuntura económica por la que se estaba atravesando. Pero no deja de ser curioso que, ya pasada la crisis y estando China subida a la ola del progreso económico, las protestas se hayan multiplicado exponencialmente en los últimos años. Aunque se siga afirmando desde Pekín que las reclamaciones se circunscriben al ámbito económico (tal y como expresan los propios manifestantes) no escapa a nadie que difícilmente se puede explicar este

incremento del malestar social refiriendonos a una situación económica difícil en un país con las tasas de crecimiento que China está experimentando.

Esta “táctica” indirecta de los manifestantes (contra los oficiales corruptos, enarbolando leyes del Gobierno Central que no se cumplen, etc.) les permite no enfrentarse a las autoridades centrales, lo que les salva, por el momento, de ser objeto de una represión más dura por parte del Partido.

Lo especialmente paradójico de esta situación es el *impasse* en el que algunos sectores sociales se han encontrado y que les ha llevado a arriesgarse a llevar sus reclamaciones a la calle.

A medida que la mutación del “gigante” sigue provocando estragos entre determinados sectores de la población, las vías oficiales de reclamación se van quedando obsoletas por varios motivos: el peso de la burocracia, la corrupción de oficiales, la ausencia de vías de reclamación y el peso de las rivalidades entre clanes.

Todo esto no es sino síntoma de que el poder efectivo del Gobierno Central está cada vez más debilitado, por lo que los perjudicados no tienen más remedio que tomar la calle para hacer oír sus reclamaciones, a una media de más de 160 incidentes al día en todo el territorio. Afirman las autoridades que cada vez oyen con más frecuencia en boca de los manifestantes que:

“Si quieres un gran solución a tus problemas, debes crear un gran disturbio. Un disturbio modesto solo proporciona una solución modesta. Y si no creas ningún disturbio, no obtendrás ninguna solución.”

Esta manera de pensar que parece estar anclándose en la mentalidad de la población, no demuestra sino una falta absoluta de confianza en las autoridades, en sus políticas y en sus posibilidades de solucionar los problemas emergentes.

A pesar de las medidas de “democratización” iniciadas por el Partido a las que ya hemos hecho referencia, el hecho de que en las propias formulaciones teóricas del “Ascenso Pacífico” de Zheng Bijiang, no planteen en ningún momento vías de participación política alternativas al sistema de partido único, se presenta como una realidad que cuestiona la viabilidad de ese “Ascenso Pacífico” en su vertiente social cuya fecha de realización efectiva sería el 2050.

Desde Pekín se reconoce que la táctica usada en Tiananmen para gestionar estos brotes de protesta contra el sistema ya no daría los resultados apetecidos (o serían claramente contraproducentes, puesto que podría provocar una reacción simpática por parte de otros sectores sociales perjudicados en distintos territorios) y están poniendo en práctica una nueva *estrategia de "contención permisiva"*. Esta nueva estrategia podría encontrar explicación en dos motivos: la debilidad del poder efectivo del PCCh sobre la totalidad del territorio y la atención que la comunidad internacional está prestando a lo que ocurre en el interior del Gigante, Pekín no puede arriesgarse a sufrir un nuevo aislamiento internacional como el que sufrió tras los acontecimientos de Tiananmen.

Con esta nueva estrategia se trata de contener, gestionar, desactivar sin el uso de la violencia y aislar geográfica e informativamente estos brotes de protesta. Además de políticas policiales de persecución encubierta de los líderes a posteriori y de soborno (ya sea vía oficial o extraoficial) de las bases que nutren a los movimientos de protesta. Pero esta táctica no deja de representar en si misma un riesgo para el *establishment*. Por un lado se está mandando el mensaje de que el protestar aporta beneficios y además, se arriesgan a que alguna de estas miles de protestas experimente una escalada en el grado de violencia, participación o de reivindicaciones lo que podría llevar a algún oficial del Partido a recurrir a una violencia desmedida contra los manifestantes provocando así una espiral, acción reacción, que ponga en serios apuros al Gobierno Central.

Conclusiones

Dada la magnitud del dilema político, económico y social en el que se encuentra el PCCh, resulta improbable que éste encuentre una solución en el medio plazo, es previsible que en el futuro se incremente el grado de malestar entre la población, al tiempo que el Gobierno Central sigue perdiendo cotas de control sobre distintos sectores de población y de territorio. Se trataría de un proceso que se precipitaría, sin duda alguna, en el caso de que China sufra una recesión económica.

En este marco no resulta especialmente aventurado augurar un proceso de progresiva *balkanización* territorial sobre bases étnicas, culturales y económicas del territorio, una balkanización que no estaría exenta de un periodo de violencia entre el Estado Central y grupos disidentes, pero también entre grupos disidentes por el control de los recursos repartidos por el territorio.

Asia sigue siendo un mercado privilegiado para el tráfico de armas, por lo que no resultaría especialmente difícil (si se dan las condiciones necesarias) alcanzar la “masa crítica”, en cuanto al nivel de enfrentamiento y al nivel de medios, para desencadenar un enfrentamiento abierto. Estaríamos ante un periodo fértil para el surgimiento de figuras carismáticas (como en su día lo fueron Mao, Chiang Kai Chek y Hung Hsiu-ch'üan, líder de la revolución taiping) capaces de polarizar a su alrededor el creciente descontento los sectores más afectados y en la que los vecinos podrían intentar jugar sus bazas para sacar partido de la desestabilización del “gigante”.

No creemos estar a las puertas de un cataclismo en el seno del “gran dragón”, sino en el comienzo de un periodo de refriegas internas, una suerte de guerra de “baja intensidad” que irá desmontando el actual sistema de reparto de poder en el conjunto del territorio.

Es nuestra opinión que la principal amenaza para la paz y la estabilidad en la zona no la representa una política exterior china agresiva que hoy por hoy no resultaría en nada beneficiosa ni a la economía ni a la política chinas (salvo como recurso maquiavélico para mantener la unidad dentro de su país frente a un enemigo exterior real o no), sino en la propia estabilidad del “gigante”.

En cualquier caso las autoridades siempre podrían tratar de retomar el control del país *manu militari*, una solución que podría restablecer el orden pero cuyo precio sería volver a la China de antaño, sumida en el aislacionismo, en la represión y en el oscurantismo. Una solución que podría demostrar ser peor que la enfermedad.

A este respecto serán especialmente significativos todos los acontecimientos que se sucedan paralelamente a la celebración de los Juegos Olímpicos de 2008 en Pekín. Recordemos la experiencia coreana, cómo los Juegos de 1988 de Seúl fueron aprovechados por los opositores al régimen, miles de estudiantes se manifestaron en las calles a favor de más libertad y derechos, y supuso el inicio del proceso que llevó a Corea de Sur a convertirse en régimen democrático. Los meses antes de la inauguración así como durante la celebración de los Juegos representarán una ocasión privilegiada para que los opositores al régimen puedan hacer oír sus demandas más allá de sus fronteras, una ocasión que sin duda no desperdiciarán. Tendremos que prestar una especial atención a los movimientos de contestación interior que se sirvan del evento para proyectarse mediática y políticamente al exterior, su carácter, composición y fuerza de convocatoria así como a la reacción de las autoridades que nos permitirá valorar tanto el grado de control efectivo como el grado de represión necesaria para retomar dicho

control. Todo ello nos dará las pistas necesarias para tomarle el pulso al Dragón y saber a ciencia cierta hasta qué punto está enfermo.

En definitiva creemos que toda la región asiática tiene la oportunidad de apoyarse en un gigante para jugar su papel de superpotencia y deshacerse de esos “150 años de vergüenza y humillación” (concepto que pervive en el imaginario de la sociedad asiática), gracias a la formulación de un nuevo asiatismo, un nuevo concepto de Asia que empieza a formarse y que liderará China, siempre y cuando dicho gigante no tropiece en su propio camino hacia el desarrollo. La estabilidad interna de China es sin lugar a dudas una prioridad política tanto para los países de la región como al conjunto de la sociedad internacional.

BIBLIOGRAFÍA

“Le Dictionnaire Geopolitique des Etats” Yves Lacaste, 1998

“El estado de mundo 2005”

“Anuarios del País” 2002, 2003, 2004, 2005

La publicación *“Política Exterior”* nº 98

“Relaciones Internacionales” Paolo Bartolozzi

La publicación *“Economía Exterior”* nº 30 y 32

Los informes de la RAND *“Chinese Dissident use of the Internet and Beijing’s Counter strategies”* de Michael Chase, 2002; *“Chinese Government Responses to Rising Social Unrest”* de Murray Scot Tanner, Abril 2005

“Chinese People’s Public Security Press”, Junio 2001

“Collected Research Essays on Mass Incidents” de Li Zhouxin

“Chinese Social Protest 1993-2003” ministry of Public Security Statistics.

“El Ascenso de China” monográfico aparecido en la revista *“Foreign policy”* edición española, Marzo 2005

Informe de la Brookings Institution *“China’s emerge and future as trading nation”* Barry Naughton, 1996.

“China’s Peaceful Rise to Great-Power Status” Zheng Bijiang, Foreign Affairs Septiembre/October 2005